



Hablamos con el Señor sábado, 21 abril

Alegre la mañana,
que nos habla de Ti.
Alegre la mañana.

En nombre del Dios Padre, del Hijo y del Espíritu,
salimos de la noche y estrenamos la aurora,
saludamos el gozo de la luz que nos llega,
resucitada y resucitadora.
Alegre la mañana...

Tu mano acerca el fuego a la sombría tierra
y el rostro de las cosas se alegra en tu presencia.
Silabeas el alba igual que una palabra.
Tú pronuncias el mar como sentencia.
Alegre la mañana...

Regresa, desde el sueño, el hombre a su memoria,
regresa del descanso el pueblo en la mañana,
acude a su trabajo, madruga a sus dolores;
le confías la tierra, y a la tarde la encuentra
rica de pan y amarga de sudores.
Alegre la mañana...

Y Tú te regocijas, oh Dios, y Tú prolongas
en sus pequeñas manos tus manos poderosas.
Y están de cuerpo entero los dos así creando,
los dos así velando por las cosas.
Alegre la mañana...

Bendita la mañana que trae la gran noticia
de tu presencia joven, en gloria y poderío;
la serena certeza con que el día proclama
que el sepulcro de Cristo está vacío.

...SEÑALES DE RESURRECCIÓN...

Señor, dijiste a los tuyos y nos dices hoy a nosotros “*Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos*” (Mt 28, 20)

Señor, ansiamos reconocer tu presencia en nosotros.

Ansia de resurrección

¿Cuándo voy a empezar a vivir resucitado? ¿Tengo que esperar a morir para asomarme a tu gloria? ¿Es el único paso posible? Tal vez, pero, por otra parte, ¿no hay en la vida muchas cosas pequeñas –o inmensas– que van muriendo y naciendo de nuevo, distintas, mejores, reconciliadas? ¿Y no hay sepulcros esperando vaciarse? En mí y en otros. La vida ya está llamada a ser pascua, a vivirse en esa tensión insalvable entre la entrega y la acogida, el dolor y la dicha infinita, la vida entregada y la VIDA recibida...

Señor, te pido que busque y siga buscando señales de tu resurrección

Pequeñas muertes.

Las hay. Algunas las he inflingido, otras las he sufrido. Unas son fecundas y otras son estériles. Tienen muchos nombres y rostros, y a veces me comen por dentro. Son el compromiso que siempre pide más, el esfuerzo, las horas de entrega aparentemente inútil. Es la impaciencia ante un prójimo que me cuesta... Son los silencios que me resisto a romper. Son los instantes de vacío, cuando parece que nada tiene sentido, cuando estoy al borde de rendir la fe... y no termino de sentir que has resucitado.

¿Cuáles son mis pequeñas muertes,
mis espacios sepultados,
mis heridas incuradas?
¿De qué muertes he de resucitar hoy?

Momentos de plenitud

Cuando cantan los ojos y el corazón. Cuando los sueños se ven más posibles. Cuando el perdón se da o se recibe, sin condiciones, sin rescoldos de amargura. Cuando de la semilla pequeña brota, imparable, un tronco fuerte. Es la sonrisa tranquila del que no se deja vencer en la tribulación. Es la palabra que habla verdad y desencadena encuentros. Es la oración que me enciende cuando no encuentro un horizonte claro. Es esa alegría de los que no complican las cosas sencillas. Es el amor que no exige. Es esa resurrección que YA se asoma en nuestras vidas.

¿Dónde empiezo a vivir resucitado?

¿Dónde asoma la “lógica” (triumfo de la vida sobre la muerte, triunfo del bien sobre el mal) de Dios en mi vida?

Resurrección es volver a abrazarte

Cierto es que en el Evangelio Jesús nos sorprende con esas palabras algo duras e incluso chirriantes ante el abrazo de María Magdalena: “No me toques” (cf Jn 20, 17) ¿Será tal vez una llamada a no quedarse la experiencia para uno sino a abrazar su resurrección en tantas personas, lugares, situaciones...? Sí, creo que puede ir por ahí.

Cuando crees haber perdido el camino que estaba dando sentido a tu vida y de pronto aparece la señal que te da ese respiro y te impulsa a seguir; cuando el horizonte que esperaba anhelante tu llegada se confunde con el mismo azul del cielo desorientando el rumbo, y de pronto, sin esperarlo, en medio de la noche, conseguimos vislumbrar aquel faro -con su lenguaje particular; cuando el amor con el que cuentas se torna aparente sin saber cómo ni por qué y de pronto, en medio de la desesperanza descubres que lo aparente era solo tu forma de mirar... Entonces resurrección es abrazar esa señal, esa luz, o incluso la propia fragilidad que, por vulnerable, nos acerca más a lo eterno... Resurrección es entonces abrazar de nuevo aquello que te da la vida, que te hace volver a sonreír... y contarlo. Es abrazarte en el encuentro con los otros. Pero sobre todo -o también- es abrazar al Señor de la Vida presente en cada señal, en cada faro, en cada fragilidad, asumiendo además la impotencia de no poder retener ese abrazo.

“No me toques”, “ve y dile a mis hermanos...” Ve y cuenta, con tu vida, con esa forma de mirar, que resurrección es volver a abrazar una y otra vez, es abrazarle ahí de nuevo, en lo cotidiano, en lo más humano, en lo que te hace “sentir en casa”, de una vez y para siempre.

(Gloria Díaz)

... PERO A VECES NOS ALCANZA LA DUDA...

“Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros». Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu, pero él les dijo: «¿Por qué os turbáis? ¿Por qué se suscitan dudas en vuestro corazón?» (Lc 24, 36 ss)

¿Por qué dudo? Estás en las historias pequeñas.

Es difícil descubrirte, Dios vivo. No siempre es posible sentir tu presencia aquí y ahora. En las horas de tormentas pareces ausente. En las horas de gozo es fácil

olvidarte. Y, sin embargo, estás. Estás, y no puedo dudarlo, cuando en los momentos sombríos de golpe rebrotan las fuerzas. Cuando en los espacios rotos alguien tiene coraje para seguir luchando. Cuando tras una caída no hay rendición, sino la voluntad firme de levantarse y seguir. Cuando tras una herida las palabras de reconciliación se imponen a las de reproche. Cuando el fracaso no nos derrota, sino que nos enseña. Estás, con tus manos heridas, pero vivas, sosteniendo, acompañando, ayudando...

¿Por qué dudo? Estás en la gente.

Me pasa como a los apóstoles. Es difícil ver en los seres humanos una señal de ti. Pero sospecho que en parte eso es la fe. Descubrirte, vivo, en todos esos gestos que revelan la grandeza del ser humano. En todos esos detalles que me hacen descubrir que cada hombre y cada mujer es hijo tuyo, es (somos) destellos del Dios vivo. Estás en los padres y madres preocupados por los suyos. Estás en los hombres y mujeres capaces de hacer cosas por otros sin esperar nada a cambio. En los niños inocentes que se ríen por cosas simples. En las personas que arriesgan, sin saber lo que habrá tras sus opciones. En las personas que eligen aquello que les acerca al Evangelio. Estás, con tu humanidad transformada, inspirándonos el camino a seguir...

¿Por qué dudo? Estás dentro.

¿Cómo no reconocerte dentro de mí? A veces siento entusiasmo por un mensaje que parece de locos. Y ahí estás tú, apasionando. A veces creo con todo mi ser que la lógica de tu reino ("*quien entrega la vida al salva*") es la única lógica. Y ahí estás tú, iluminando. A veces no temo ni a las renunciaciones ni a los retos, porque prefiero mil tormentas tras tus pasos que una calma vacía. Y ahí estás tú, llamando.

A veces el amor que consiste en dar más que en recibir me parece el mayor tesoro. Y ahí estás tú, preparándome. Y cuando soy consciente de mi fragilidad y mi pecado, pero tu gracia se impone, tú estás perdonando. Y cuando descubro en mí la fuerza para construir tu Reino, (la vida nueva que tú traes) ahí estás tú, pidiéndome algo. Estás, resucitado, llamándome a vivir como testigo de tu Palabra en este mundo.

— — —

Gracias, Señor,
porque te quedas con nosotros.